

RECUERDOS DE UN CINCUENTÓN

## UN BARRIO QUE MUERE

DENTRO de muchos años, cuando estos tiempos que ahora corremos hayan pasado á la Historia, si perduran aún los suntuosos edificios de la Gran Vía, adquirirán para nuestros nietos un valor representativo y un carácter arquitectónico que tal vez les preste una belleza que hoy están muy lejos, pero muy lejos de poseer. Serán la evocación del período de la Gran Guerra y de los nuevos ricos, documentos elocuentísimos de este período tan importante en la vida del siglo XX.

Para nosotros tiene hoy esa calle otra significación, especialmente para los que hemos vivido más en el siglo pasado que en el actual, pues viene á transformar una parte muy característica de Madrid. Tan característica, tan típica, que hoy evoca ella también todo un largo período de la vida española.

Irrumpe la suntuosa vía por lo que fué el refugio de la depauperada clase media del siglo XIX. Y no sólo han derribado las ruinas; parece haber ahuyentado también á los murciélagos que en ellas anidaban.

¡Oh, pobre clase media de aquel entonces, tan próximo y tan lejano!

Aún queda mucho, aún asoman vergonzosas las callejas afluentes, con sus casuchas sucias y destartadas, con el gesto doliente y quejumbroso de la escasez y la miseria.

Porque ese barrio fué el albergue de una clase social que puede representar, como ninguna otra, la vida de parte del siglo anterior. Allí vivían apiñados unos con otros, sin sol y sin aire, las familias venidas á menos, los funcionarios intermitentes que sufrían resignados al turno de los partidos, las viejas pensionistas, los jubilados, los que vivían sin saber de qué, esperando siempre el día de mañana: toda esa masa enorme de gente que no encontraba ocupación en una capital burocrática, sin industria ni comercio, ni otra vida que la vida oficial.

Las casas olían á miseria; las calles, mal empedradas, sucias y estrechas, parecían apretarse para ocultar la vergüenza de sus vecinos. Y todo respondía y se adaptaba á esa

existencia pobre y angustiosa. Allí estaban las prenderías donde iban á parar los restos del lujo de otros tiempos; los libreros de viejo, que se enriquecían con la miseria ajena; los usureros que prestaban al mil por ciento; las casas de préstamos; la prostitución al alcance de empleadillos y estudiantes pobres.

En cada hogar de aquellos se sostenía á diario una lucha por la existencia. Miente quien diga que era entonces la vida más fácil. Los sueldos no bastaban para cubrir las más perentorias necesidades; vivían en la miseria hasta los que podían comer

á diario, que no eran todos. Y del barrio entero salía como un clamor de protesta contra las cosas de este país, que al fin nos ha ido legando un fondo de pesimismo y desconfianza en nosotros mismos.

Y las cosas de este país solían ser, por ejemplo, que no se premiase la consecuencia política de un tal don Fulano, que hacía veinte años no había aceptado un empleo de otro partido por no abdicar de sus ideas. Que tal ó cual ministro olvidase la amistad que con él tuvo de estudiante: «Cuántas veces no se quedó sin comer gracias á mí.»

Vivía por allí también mucho periodista, con

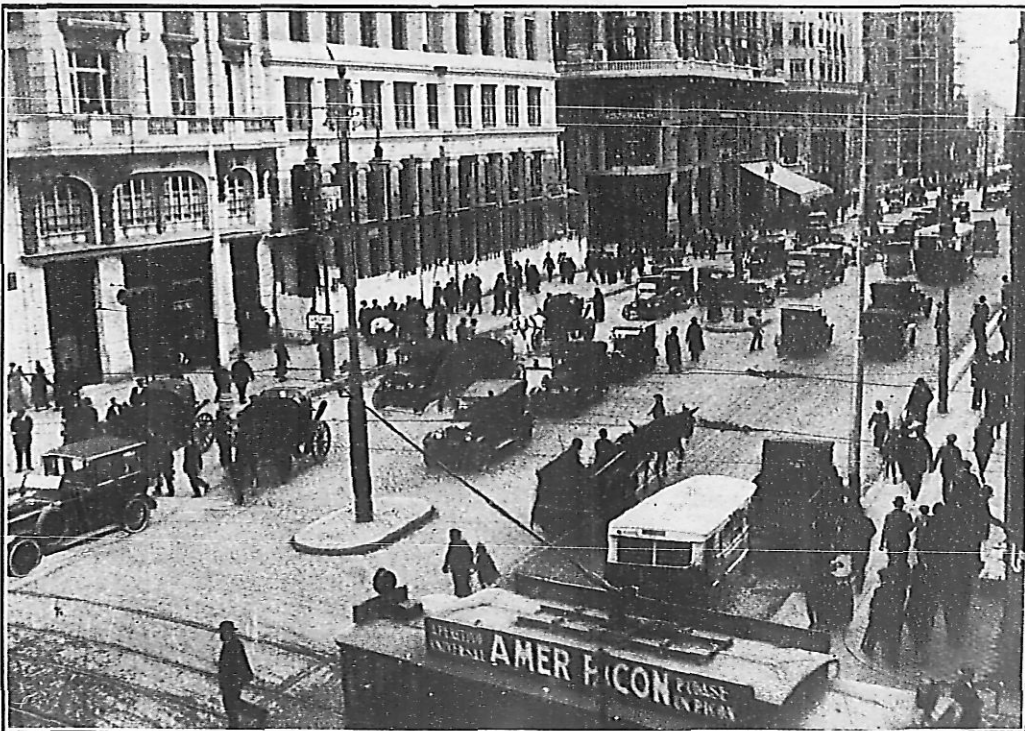
quince, con veinte duros de sueldo, colocados á tropiques; estudiantes, curas, viudas con huéspedes de dos pesetas con principio, y, sobre todo, mucho visionario de inventos, de negocios, de revoluciones, de pleitos fantásticos. No faltaban, como es natural, los grandes dramaturgos inéditos, ni los poetas á lo Núñez de Arce. ¡Ah, cuántos drama, cuántos poemas, cuántas novelas han guardado los cajones de esas mesas que vemos hoy en las prenderías!

Y era el caso estúpido que el señor que había escrito un drama, que pensaba en poner un pleito de millones, que había inventado algo, no se ocupaba de otra cosa y sólo vivía pendiente de su ensueño.

Mientras tanto las hijas cosían á escondidas para

fuera, y salían de noche á entregar, como si fuesen á cometer un crimen. Por la tarde iban diariamente á buscar novio á la Castellana, oprimidas por el corsé, macilentas, tristes, andando muy despacito, sin atreverse á mover los brazos ni á mirar de lado. Detrás iban las madres, pensando en el desahucio, en la deuda al tendero.

Al desaparecer toda esa amalgama de casas, se pierde gran parte de lo que fué el núcleo de la clase media madrileña, y la Gran Vía, con sus casas á la americana, parece prometer también una renovación de costumbres; pero ¿qué dirección las hará tomar? ¿Habitarán esas casas las hijas de los que vivieron en el antiguo barrio, ó dejarán que vengan gentes extrañas á habitarlas?



Dos aspectos de la Gran Vía madrileña

FOT. CORTÉ

Francisco Arimón Marco